

horrible no le cabe el alma en el cuerpo, si entrara uno y le dixera: Con mucho mas facil remedio quedarás sano, sin dolor ninguno, sia tormento: ¿qué no abrazaría él al punto por librarse de aquel horror y de aquel tormento? Pues, y qué, si le dixeran; ¿Con un poco de agua rosada, con ponerte saliva quedarás sano y libre de que te corten el brazo, ò de que te asierren la pierna! ¿Con un remedio tan facil? Sí. ¿Lo haría, pues? Yá se vé. Algo explica eso de lo que con infinito mas valor hacen las Indulgencias, librandonos de los tormentos del Purgatorio: y pues es tan facil la paga, logremos con toda diligencia el escapar los tormentos de tan terribles penas, y el abreviar así los pasos a la Gloria.



DEL SANTISIMO SACRAMENTO de la Eucaristía.

PLATICA PRIMERA.

De la soberana institucion, y nombres de este Santísimo Sacramento.

A 25. DE ABRIL DE 1694. AÑOS.

Poca materia le pareció à Estesicrates, famoso Escultor de la Grecia, para representar à Alexandro en una Estatua todos quantos cortados mármoles, ò pórfidos servian de formar los mas agigantados Colosos, Pequeños retratos decia, vulgares tallas, que si en la proporcion imitan al semblante, no expresan todavia con lo avilado de la copia, del original lo grande. Y por eso reprehendió, dice Plutarco, hacer no menos que todo el monte Athos, que llegaba con la cumbre hasta los Cielos toda una estatua de Alexandro, Empresa, que si fue animosa en la idea, le dexó luego imposible la execucion; ¿por que qué sería menester para labrar en la figura de un hombre todo un monte? ¿qué instrumentos? ¿qué fuerzas? ¿qué trabajos? ¿qué máquinas? Pues quedese Alexandro solo en el nombre grande; Estesicrates solo en la idea valiente; si lo que el entendimiento delinea lo halla luego imposible la mano. Y sirvanos solo este intento de retratar mejor ni mayor imposibilidad, quando quisiera representar, no ya de un Alexandro la mentirosa grandeza, sino de un Dios toda la inmensidad, de un Dios todo el sér infinito, restado à la mayor de sus obras, à lo supremo de sus maravillas, à lo mas elevado de todas sus grandezas, en el Santísimo, tremendo, admirable Sacramento de la Eucaristía. Esta, pues, fineza de finezas, este piélago de gracia, este abismo de beneficios, este Dios, nunca mas grande, que quando encerrado, que quando escondido en este amabilísimo Mysterio, es el que qui-

siera representar con mis palabras, es el que quisiera poner à los ojos de la Fé con mi explicacion; es el que quisiera retratar en los corazones, ò esculpiendo, ò pintando lo inmensamente grande de sus finezas. De este divino liberal Alexandro quisiera fabricar una Estatua. ¿Mas de qué materia, sino de un monte? Pero todos los del mundo aun no son nada; todos los Cielos aun no bastan, si todo el Firmamento aun no alcanza, si toda, en fin, la Divinidad, que ni en ámbitos se estrecha, ni en términos se limita es la que en este Sacramento se encierra. Sirva, pues, lo imposible de dar à entender lo que no puedes alcanzar, ni de los mas altos Serafines, todos los entendimientos. Hablaré, pues, de lo inesfable: así llama à este Sacramento San Chrysostomo: *Sacramentum ineffabile*; que será, aunque dixera infinito lo mismo que no decir nada. Discurriré de lo incomprehensible. Así lo nombra San Cyrilo: *Coudescensus Dei incomprehensibilis*; que será para que mi entendimiento, y los de mis oyentes, como una gota de agua pequeña quedemos en este mar inmenso abismados. Procuraré, en fin, explicar lo que es inexplicable. Así lo reconoce Santo Tomás: *Dispensatio Dei inexplicabilis*; que será si, insinuar solo lo que en este admirable Sacramento nos apunta la Fé, dexar campos inmensos, profundos, inagotables, donde absorba toda el alma, discorra por lo que con la Fé alcanza, lo que toda la Divinidad oculta; à la manera que el que puesto sobre la punta de un alto escollo mirara suspenso por todas partes el Oceano, aunque no descubre, ni los términos, ni los fondos, sino solo una superficie de agua, que por todas partes hace Horizonte à su vista; con todo eso conoce en cierta manera, aun aquello que no vé, en quanto echa de véer que el mar es incomparablemente mayor que quanto él puede alcanzar, aun con la misma desvelada atencion de los ojos. Así, pues, de este abismo de Dios miraremos por todas partes, pero sin hallar términos, que son inmensos; atenderemos quanto por el espejo de las aguas se permite à los ojos, mas sin poder jamás descubrir sus profundos, que son infinitos. ¡Oh, tú, divina fuente de las lumbres, ilustra nuestros entendimientos, para que podamos véer con tu misma luz tus mismas luces! ¡Oh, tú, inflames con tu fuego nuestros corazones, para que en esa hornalla inmensa de tu amor, ardan abrasados nuestros amores!

Entramos, pues, así en la soberana Oficina esta obra mayor de Dios: Esa fue el amor que no teniendo fin en el corazon de nuestro Redentor, quiso en este Sacramento eternizar sus finezas; y por eso quando ya en la víspera de su muerte para quedarse siempre con nosotros nos dexó en este Sacramento vinculada la vida, Jueves, día catorce de la Luna de Marzo, que en nuestra cuenta corresponde à los veinte y quatro días

días de aquel mes, habiendo celebrado primero con sus Discipulos la Cena del Cordero legal, y despues de ella con humildad, y demision tan profunda, que dexando atónitos à los Angeles, vieron à su Dios abatido à lavar los pies hasta un Judas. Volviendo luego à la Cena ordinaria, y comun, y tomando en las manos un pan de aquellos ázimos, y sin levadura, que habian quedado en la Cena pasada, lo bendixo primero, y en pocas palabras, comprehendiendo quanto no cabe en todos los Cielos; tomad, les dixo, y comed: este es mi Cuerpo. Y de la misma suerte, tomando un Caliz, ò vaso de vino: Bebed todos, les dixo: porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que por muchos se ha de derramar para perdon de los pecados. Y hé aqui como obra de Dios nueva mejor creacion del mundo, nueva mejor formacion de los Cielos, que si para tanta máquina à sacarla de la nada habia bastado sola una palabra suya: *Ipsé dixit, & facta sunt*; pocas palabras bastaron para juntar en el pan, y en el vino con su Cuerpo, con su Sangre, y con toda su Divinidad todas sus maravillas. Y porque esta fineza no la hacia solo para que la gozaran los Apostoles, ni por aquella sola vez, sino para toda la Iglesia, y hasta el fin del mundo, les dió al mismo tiempo à sus Discipulos la soberana potestad, para que hicieran lo mismo, y para que comunicandola ellos à sus sucesores Pontifices, y Obispos, estos la fueran comunicando hasta el fin del mundo à los Sacerdotes legitimamente ordenados. Esta es la institucion de este Divinísimo Sacramento. Este es el fundamento inviolable en que estriva eternamente segura nuestra Fé, las expresadas palabras de Dios; y este todo el resto de infinito amor, que fue el obrador principal de su fineza tan imponderable.

Por eso Santa Francisca Romana veia muchas veces la Hostia convertida en una gran llama de fuego que subia hasta el Cielo. Por eso Santa Catalina de Sena quando se llegaba à comulgar, veia repetidas veces en las manos del Sacerdote en la Custodia todo un horno encendido, que echaba ardentísimas llamas, que representaban bien à aquellas almas puras, quanto es el exceso de caridad con que nos dá Dios aquel manjar de vida, labor toda de amor. Toda de amor dixe, porque aunque à formarle concurrió la Omnipotencia, facilitando à millares allí los milagros, como despues veremos, concurrió toda la infinita Sabiduría, que solo pudo hallar modo tan admirable para comunicarse à sus criaturas, para esconderse Dios debaxo de las aparentes especies del pan, y del vino; y para juntar tan distantes extremos, concurrió la Bondad infinita à derramarse toda, y todas las perfecciones de Dios à emplearse por los hombres; pero sobre todos se llevó aqui su amor infinito la primacia, porque fue el que todas las convocó para esta fineza: *Divinitas divini sui erga homines amoris velut effudit,*

que dixo el Sacrosanto Conc. de Trent. (*Ses. de Euc. 13. c. 2.*) A la manera que aquel celebrado Templo de Jerusalén, milagro del mundo, se llevó el nombre de Templo de Salomon, que fue quien lo dispuso, que fue quien hizo los costos, y no se llevó el nombre de tantos insignes Artífices, y Maestros que por sus manos lo labraron; con todo eso, Templo de Salomon decimos. Así, pues, Sacramento de amor: *Eucharistia dicitur Sacramentum Charitatis*, que dixo Santo Tomás, aunque en él concurra la Sabiduría, la Omnipotencia, la Bondad, la Misericordia, y todas, en fin, las perfecciones, y atributos de Dios. Qué bien por eso Santa Magdalena de Pazzis al día de la Comunión le llamaba día del amor; porque à la verdad ningun otro título le viene mejor. Así preguntado el mismo Señor de Santa Brigida; (*l. 4.*) ¿cómo entraba en el alma del que comulga? Le respondió: *Ingrédior ut sponsus*. Entro en esta alma como Esposo à celebrar sus bodas, todo finezas, todo regalos, todo amor, todo ternuras.

¿Qué mucho es, pues, que quando Dios así emplea solícito todos sus atributos en este Soberano Sacramento, no haya por eso nombre que cabalmente le dé à conocer, y que por eso le hayan dado los Santos Padres, y Doctores de la Iglesia tantos nombres, tantos títulos, que si cada uno explica todo un infinito, ninguno, ni todos juntos acaban de dar à entender de este infinito de infinitos el todo? ¿Qué bien el Doctor nunca mas Angelico, que quando abrasado en amores de este Sacramento! *Quantum potes tantum laude, quia major omni laude, nec laudare sufficit.* (D. Thom.) Estiende todo quanto mas puedas las alas de tu entendimiento en alabanza de este Pan Divino: vuela, vuela: sube, sube; di, clama, pondera, no ceses por eternidades; aun no alcanzas, aun no llegas: *major omni laude*. Fuera, pues, para no acabar decir los epítetos, los renombres que le han dado à este Divinísimo Sacramento todos los Santos Padres, y Concilios. Algunos recogió en tratado entero nuestro Raynauo: Dexolos todos.

Y solo apunto los que por mas usados, y repetidos explica Santo Tomás, (*art. 4. q. 73.*) que son tres: Uno, que acuerda, y repite de lo pasado finezas. Otro, que para lo venidero previene, y adelanta glorias. Otro, que en el presente explica, y colma de beneficios; porque en este Sacramento se junta quanto Dios ha hecho, quanto hace, y quanto le queda que hacer. Llámase, pues, este Sacramento: *Hostia*, y *Sacrificio*; por lo que de lo pasado repite, y representa aquel sangriento Sacrificio que ofreció por nosotros en la Cruz à su Eterno Padre: ese piélago inmenso de finezas que allí por nosotros hizo, es el que en este Sacramento incontinentemente repite todos los días en la Misa: *Semel immolatus est in semetipso Christus* (dice San Agustín)

Es tamen quotidie immolatur Sacramento. Por eso, pues, se llama Hostia aquel Divino Pan; porque así se llamaban las víctimas que se ofrecían en los sacrificios. Allí, pues, es el mismo Hijo de Dios la Hostia que se ofrece a su Eterno Padre, representando, y repitiendo de nuevo aquel Sacrificio mismo, que ofreció en la Cruz, y con esto repitiendonos tan por instantes de su Pasion los recuerdos, que estos son los que nos han de excitar en el alma el nombre de Hostia, y el nombre de Sacrificio, para que no huuyamos el hombro de la Cruz, abrazando la mortificación, y los trabajos, dice San Cypriano: *Ut semper passio sit in memoria, nec terreant crucifixi heredes crucis supplicia*: para que al paso que se vá repitiendo de nuevo aquel Divino Sacrificio, de nuevo se vayan aumentando, y creciendo nuestras virtudes, dice San Agustín: (*in Ps. 75.*) *Quotidie nobis sic immolatur, quasi quotidie nos innovet, qui prima gratia sua nos innovavit*: para que de nuevo muramos cada día con Christo, como miembros suyos, dice San Bernardo: (*Serm. 1. in Can. Dñi.*) *Si membrum Christi es, compatere capiti tuo: Si frater Christi es, commovere fratri tuo.*

Eso, pues, nos acuerda de lo pasado en el Sacramento el nombre de Hostia, y Sacrificio; pero se llama también para lo venidero, *Viativo*, y *Eucaristia*. Viativo, que en este nuevo camino nos sustenta, que en esta nuestra peregrinacion nos mantiene, y que en la partida desde esta vida a la eternidad es el que para tan largo viage nos ha de dar el caudal, y las fuerzas. ¿Y qué fuerzas? Las que solo puede dar Dios, que son las de la gracia; por eso es llamado *Eucaristia*, que quiere decir, buena gracia; y tan buena, que es el mismo Dios fuente, y origen de la gracia toda. Por eso se la lleva por especial nombre suyo este Sacramento. Todos los otros Sacramentos dan la gracia, pero ninguno la tiene por su nombre, porque este solo es el que contiene en sí al mismo dueño, al mismo repartidor de la gracia. Por eso, en la que de presente nos reparte, se llama también *Comunion*; y el Griego le llama *Synaxis*. Este por lo exterior que vemos, quiero decir por la junta de los Fieles a la Iglesia para recibir este Soberano Sacramento; eso quiere decir *Synaxis*, Congregacion. ¿Oh, Congregacion del Salvador! ¿Cuál es tu empeño al amor, a la frecuencia, a las ternuras con este Divinísimo Sacramento, que se llama, y se nombra Congregacion? porque quiere juntos, y unidos los Fieles a recibirlo. Pero eso es, como dixé, en esto exterior de los cuerpos. Mas dice, (¡oh, cuánto mas!) el nombre de *Comunion*. ¿Oh, si penetráramos bien lo que quiere decir este nombre, que tanto usamos, que tanto repetimos! ¿Qué quiere decir *Comunion*, Católicos? Quiere decir comun union, Union de todos, y de cada uno con el mismo Christo, como con nuestra cabeza, quedando como miembros de un cuerpo mismo. De esta

union con Christo hablaré despues. Quiere decir, además, que todos los que desculpamos hemos de quedar unos con otros tan unidos en el amor, en la caridad, en los afectos, que todos seamos una alma, un espíritu, un corazón. ¿Os parece ponderacion? Esí verdad católica, es pura Doctrina de Fé. Eso quiere decir *Comunion*, explica no menos que San Pablo: *Multi unum corpus sumus omnes, qui de uno Pane participamus*. ¿Por qué pensais, pregunta San Chrysostomo, y San Agustín, que escogió el Señor para este Sacramento pan, y vino? ¿Por qué no carne? ¿Por qué no alguna de las frutas? Reparado bien, Porque el pan se hace, y se forma de muchos granos de trigo, que quedan tan unidos entre sí, tan indistintos, que ni se pueden ya distinguir ni separar. El vino se liquida de muchas uvas, cuyo zumo, cuyo licor exprimido no se une solo, sino que se hace un licor mismo: *Namque aliud in unum ex multis granis conficitur; aliud in unum ex multis acinis confluit*. Por eso al pan, por eso al vino lo escogió el Señor para poner este Soberano Sacramento, para mostrarnos a todos, que así como allí de muchos granos se hace un solo pan, de muchas uvas un solo vino; así por la *Comunion* de este Divino Pan han de quedar nuestras almas, nuestros corazones, y afectos tan unidos, que no digo division de discordias, separacion de ódios, pero ni aun distincion ha de haber de voluntades: *O Sacramentum pietatis*, exclama Agustín! *O Signum unitatis! O vinculum charitatis!* ¡Oh, Sacramento de piedad, señal, y divisa de unidad, nudo, y vinculo de caridad!

Cómo, pues, se llaman *Comunionés* las de quien el mismo día de *Comunion* no es sino día de mayor desunion, volviendo de la Iglesia a las riñas, a las discordias, a las iras, y a el marido con la muger, y a el Padre con los hijos, y a el ama con las criadas, tan sin acordarse que *Comunion* quiere decir union total de nuestros corazones, que no permite ni aun los mas leves defectos, dice San Chrysostomo: *Hoc mysterium, etiam ubi omni vel tenai inimicitia purum esse penitus jubet*. Un hombre, refiere Tomás de Kempis, dió en reparar, que quando venia a Misa, al alzar la Hostia él no la veía, no veía mas que levantadas las manos del Sacerdote. Dióle cuidado, y pareciendole cortedad de vista procuraba ponerse muy cerca; pero sucediale lo mismo. No veía la Hostia. ¿Qué es esto? En verdad que le estuyo sucediéndole así por todo el espacio de un año, hasta que se hubo de descubrir a un Sacerdote, Fuese éste preguntando, hasta que halló, que tenía un enemigo a quien en todo aquel tiempo no había querido perdonar. Esa es la causa, le dixo. Entonces él con verdadero arrepentimiento confesó sus culpas, perdonó la ofensa, fue a la Iglesia, y ya con indecible regocijo de su alma, vió la

San-

Santísima Hostia, y por qué no vén sus efectos admirables en si muchas almas? sino por rencillas, desafectos, discordias, que se guardan escondidas en los corazones, y que hacen que no sean *Comunionés* las que así se llaman. ¡Oh, y no tenga mas terrible castigo!

Dos mugeres, refiere Juan Bronio, y lo trae nuestro Faya, (*Palabra Comunion, exemp. 20.*) la una rica, y la otra pobre, estaban enemistadas. Y si bien la pobre procuraba la paz; pero la rica por mas sobervia, jamás quiso admitirla. Era esto público, y escandaloso. Con todo eso, sin mas disposicion (¡qué de ellos llegan así!) se fue aquella muger rica a comulgar la Pasqua. El Sacerdote por ser pública la enemistad no quiso darle la *Comunion*. ¡Qué bien hecho! Así lo mandan los Sagrados Cánones. Ella por la vergüenza dixo que admitia a la otra por su amiga; pero esto con ficcion. El Sacerdote entonces la comulgó. Acabada la Misa, acudió a la puerta de la Iglesia la pobre a darle las gracias con mucho rendimiento. Mas ayrada la otra; y pues qué piensas? la dixo, que yo había de ser tu amiga? Antes me aborcaré que tal haga. Apenas lo dixo, quando poniendose mas negra que la pez, cayó al instante muerta, y rompiendosele a vista de todos la garganta, salió por ella la Sagrada Hostia, quedandose en el ayre suspensa, hasta que con asombro de todo el concurso vino el Sacerdote, y puesto de rodillas recibió la Hostia en una Patena para reponerla en el Sagrario, y aquella miserable la arrojara en un muladar, como a un perro muerto. Entendamos, que esto quiere decir *Comunion*; y para que no nos sirva de tan terrible castigo, ha de ser, no solo *Comunion* en nombre, sino en la realidad *Comunion*, union de nuestros afectos, de nuestras voluntades, de nuestros corazones, que juntandonos en uno con el amor, nos junten en un Dios con la gracia.

PLATICA II.

De la distincion, y admirables ventajas, que lleva el Santísimo Sacramento de la Eucaristía a todos los demás Sacramentos.

A 2. DE MAYO DE 1694.

LA Púrpura para hacer cabal estimacion de su fineza, no se ha de mirar sola, se ha de poner junto a otra Púrpura: *Purpura juxta Purpura judicanda*. Arrebata los ojos de modo lo hermoso, y encendido de su color, que lo que sola no parece que tiene comparacion, comparada luego queda tan caída, y mística, que se advierte bien cuánta es de lo mas fino la ven-

taja. Por eso en el Templo de Júpiter Capitolino se guardaba un manto de púrpura, presente de no sé qué Rey de la Persia, donde cotejando sus Púrpuras aun de los mayores Emperadores de Roma, si antes parecían sin igual, al cotejo de aquella, ni aun llegaban a comparacion, pareciendo ya muertas cenizas delante de la que en la fineza ostentaba divino esplendor; dixo Volpisco: *Cineris specie decolorari videbantur divini comparatione fulgoris*. Mas si ese cotejo así entre distintas Púrpuras dá bien a conocer de su fineza las ventajas en una Púrpura misma cotejada consigo, porque no puede tener otra comparacion; mejor hemos de reconocer ventajas infinitas hasta donde mas pudo subir la fina Púrpura del mas Supremo Rey de Reyes: La Sangre, digo, del Hijo de Dios, que en todos los siete Sacramentos, si ostenta su fineza, su valor, su hermosura, su precio, de modo, que en cada uno mirado solo no parece que pudo hacer mas el enamorado Artífice Divino para nuestra gala, y para nuestro adorno; todos luego juntos nos van mostrando al cotejo quantos son del Divino Amor los excesos. En cada uno vemos la Sangre de un Dios muerto; con qué encendido color de fineza! con qué subido ardor de caridad! con qué redoblado tinte de meritos! no puede subir mas diria el humano entendimiento; y aun el Angelico, al vér solo como en el *Bautismo*, sacando una alma de esclava del demonio se le viste la Real Púrpura de hija de Dios; ¡qué hermosura! ¡qué subida de punto en la fineza! No puede llegar a mas, Pero luego viendola con nuevo grado en la *Penitencia*, aun despues de aquella primera Púrpura perdida por la culpa, restaurada aun con reales mayores de fineza, y a la primera no parece tan sola, y ya esta muestra a nuevos visos las ventajas. No se fatiguen, pues, los Filósofos en averiguar, si puede haber un infinito mayor que otros; pues así vemos entre los Sacramentos no competir solo, sino excederse unos a otros los infinitos.

Siendo, pues, todo el infinito valor de la Sangre derramada de nuestra Vida Christo el que tenemos en cada uno de los Sacramentos, es con todo eso verdad católica definida por el Santo Concilio de Trento, (*Ses. 7. can. 3.*) que no son iguales entre sí todos los Sacramentos: que esta Púrpura Divina se ha de cotejar consigo misma para reconocer cómo se aventajan los grados de su fineza. Y siendo la mayor la suprema en el Sacramento Santísimo de la *Eucaristia*, esta comparacion, este cotejo es el punto de Doctrina Christiana, que por orden se nos sigue. Este Sacramento admirable es entre los demás lo que entre los metales el oro, lo que entre los Planetas el Sol, lo que sobre los Cielos el Firmamento; tanto excede su infinito valor, tanto sus divinas luces, tanto su soberana elevacion. Representa como todos con las señales visibles lo invisible de

Ee

la

la gracia, que à los ojos de la Fé, se reserva. Eso es lo que tiene comun con los demás Sacramentos. Pero con cuánta diferencia luego, con cuánta distinción? Vamoslo observando con la Fé para que sepa corresponderlo nuestro amor. Todos los demás Sacramentos consisten en el uso actual con que se reciben. El Bautismo no es Sacramento mientras está el agua en la Fila sino quando al echar esa agua pronuncia el Ministro juntamente las palabras de la forma sobre el que se bautiza, y acabóse allí el Sacramento. La *Extrema uncion*, el *Orden*, no son Sacramentos mientras están en sus vasos los Sagrados Oleos, sino solo quando con los debidos ritos al ungielos, profiere el Ministro las palabras de su forma, y al punto acabó el Sacramento; y así de los demás: solo el Soberano Sacramento de la Eucaristía es el que como Solio de Dios, como Palacio y habitación escogió su Magestad para habitar entre nosotros; por eso lo escogió permanente; que no se contentó con hacer solo de paso los beneficios, sino con poner su habitación en medio de nosotros, para todas las necesidades. Por eso, pues, aunque las palabras de la Consagración que dice el Sacerdote pasan al punto, aunque el recibirlo nosotros es en un instante, no quiso por eso que consistiera en eso su mas admirable Sacramento, ¿sino en qué? En lo que dura, en lo que permanece, que es en las especies de Pan, que ven vuestros ojos, y en su mismo Cuerpo y Sangre, que debaxo de esas especies adora real y verdadera nuestra Fé. De modo que mientras se guarda en la Custodia, aunque ninguno comulgue, está entero y cabal este Sacramento, apercebido à nuestro bien, esperando Dios à que lo busquemos encarcelado entre las especies, mientras hay quien llegue à conseguir en él su libertad, y todo un Dios empleado solo en esperar à que haya quien quiera recibir todos sus bienes. Gran liberalidad sería la de un Príncipe que à todos sus Criados y Ministros tuviera entregadas sus riquezas, con orden de que à qualquiera necesidad de qualquier Vasallo acudieran prontos à socorrerla; pero si además el mismo Príncipe se encerrara con todas sus riquezas solo à esperar todos los instantes, à ver si había quien las quisiera todas; ¿qué amor sería el que se mereciera, aun de los mas ingratos? ¿Qué hace pues Dios, en aquel Sacramento? esperararnos à tí, y à mí, solo para darsenos todo. Oh, fineza, aun sobre finezas infinitas la suprema!

Dióles agua milagrosa à los Israelitas por dos veces, una en Raphidim, otra en Cadés; haciendo brotar nuevas fuentes para satisfacer su sed; pero luego con nuevas maravillas hizo que los fuera acompañando en su camino aquella piedra misma, que les servía de fuente. Oh, cuánto mas aventajado beneficio, aun siendo tan grandes los primeros; por eso lo ponderó aparte San Pablo: *Consequente eos petra*. Pero entre nosotros, ¿cuánto mas

infinito! pues no contento con darnos los taudales en los demás Sacramentos, nos dá en este Sacramento la fuente misma, nuestra piedra, que es Christo, no ya en figura, sino en realidad: *Petra autem erat Christus*: En los demás Sacramentos al existir juntas la materia y la forma, entonces dá la gracia; al estar digo, en el *Bautismo* el agua, que es la materia, y las palabras del Ministro, que son la forma. Pero en la Eucaristía la materia, que es el *Pan*, y el *Vino* se destruyen del todo, se acaban: las palabras del Sacerdote, que son la forma se pasan y vuelan: ¿y quién dá alma en este Sacramento la gracia? ¿Quién? El mismo Hijo de Dios por su propia mano, que es el que queda debaxo de las especies; Oh, qué ventaja tan infinita! ¿cuánto vá del Artífice vivo al instrumento muerto! ¿cuánto vá del Príncipe Supremo à su inferior Ministro! ¿cuánto vá del *Agua*, à del *Oleo* à la misma Divinidad; y cuánto vá en fin de Dios à la criatura! En los otros Sacramentos son instrumentos las criaturas, por cuyo medio se dá la gracia al alma que los recibe; pero en la Eucaristía al dar al alma la gracia no hay criado instrumento; el mismo Dios intimamente unido al alma es el que allí liberal se comunica, y cuánto vá de lo que reparte un criado, à lo que un Rey por su propia mano reparte, à quien su misma grandeza le está empeñando lo generoso, Mirento. Habiale hecho no sé que obrilla ligera un Oficial al Sumo Pontífice Paulo IV. y salió tan primorosa, tan à su gusto, que trató el Pontífice de pagarle por su mano. Santísimo Padre, díxole el Oficial, yá me ha pagado el Mayordomo. Sí, le respondió apacible, no dudo que os habrá pagado vuestro trabajo; pero yo quiero pagaros vuestro primor; y dióle doscientos escudos de oro por el primor, quando el Mayordomo solo le había dado seis escudos por el trabajo. Tanto vá de dar un criado, à dar un Príncipe; que quanto à éste lo estiende su grandeza, à aquel lo encoge su inferioridad. Perilo, Cavallero pobre, le pidió à Alexandro un socorro para dotar à unas hijas pobres que tenía; y aquel sin detenerse, que os dén le dixo, cinquenta talentos de oro. Era una suma grande, y por eso él encogido: Con diez bastaba, Señor. Anad, que vos tanteais como Perilo, yo doy como Alexandro. ¿Pues qué dixerá, si pudiera decir, yo doy como Dios? Oh, con cuántas ventajas de quanto pueden dar las criaturas! aun siendo sus instrumentos à aquel Dios; que à provecho de los cuerpos dió tantas virtudes à las plantas, à las piedras, y aun contra el mismo venenó à las carnes de las vivoras; juzgue cada uno, qual sería la virtud que reservó à su misma carne virginal destinada en aquel Sacramento para antidoto de las almas! Por eso aquella Extática admirable Virgen Santa Teresa de Jesus, (*cap. 34. in vis.*) exhortando à sus Hijas à lograr con viva fé la union con Dios despues de la Comunión, les decía:

cia: Quien de paso con un mirar sanaba los ciegos; con una palabra resuscitaba los muertos, con solo tocar al canto de su ropa sanaba los enfermos, ¿qué hará tan intimamente unido en el corazon, y en el alma?

No se dexó en casa, solía decir con gracia el Extático Varon Padre Baltasar Alvarez de nuestra Compañía, Confesor de la misma Santa Teresa, no se dexó en casa quando vino à ponerse en la Eucaristía, no se dexó en casa los ojos de su misericordia; el corazon de su amor infinito, las entrañas de su piedad, no, todo lo tiene junto en aquel Sacramento; ¿pues cómo repartirá allí sus beneficios? por eso, pues, dixo con gran propiedad el Catecismo Romano, que todos los otros seis Sacramentos son como arroyos, respecto de la Eucaristía que es la fuente. Que si los demás son señales que representan, y dán la gracia; este, no la gracia sola, sino al mismo Dueño y Fuente de la gracia representa, y contiene. Por eso si todos los demás son Santos, este sobre todos lo apellidamos el Santísimo: por eso el antiguo Padre San Dionysio dixo, que este Sacramento era la perfección que cumplía, era el fin à que se ordenaban todos los demás Sacramentos.

Reengendrã y dá la primera vida en Christo el *Bautismo*, pero esa vida la sustenta, la mantiene y la aumenta la *Eucaristía*, Fortaleza en la Fé para las batallas la *Confirmación*; pero esa fortaleza la aumenta hasta hacerla invencible el *Pan* Sacramento. Por eso al ir à los tormentos lo recibían los Martires, con que se hacían tan invencibles. Y así porque armado de este *Pan* divino, que acababa de recibir San Lorenzo venció tan horribles tormentos, lo repetimos los Sacerdotes despues de acabar la Misa, pidiendo la fortaleza: *Qui Beato Laurentio tribuisti tormentorum suorum incendia superare*. Despues del *Bautismo* limpia y lava al alma de los pecados la Confesion; la Eucaristía no solo la purifica aun de los veniales, sino que la preserva de venideras caídas: Quita las reliquias de las culpas, y dá fortaleza para la muerte al alma la *Extrema-Union*; la Eucaristía corrobora mas estas fuerzas en tan peligrosa batalla. Dispone y consagra el *Orden* Ministros para el Altar; pero la Eucaristía es la que les dá todo su esplendor, toda su honra. Dá gracia el *Matrimonio* uniendo dos almas en amable concordia; pero la Eucaristía en Virginal pureza une mas estrechamente à Christo con su Esposa la Iglesia. Así, pues, en este Sacramento están juntas con admirable eminenencia de todos los Sacramentos las virtudes, las prerrogativas; las gracias, como en la fuente los arroyos. Del Opalo piedra admirable, dicen los naturales, que siendo una piedra sola es en sí todas juntas las piedras mas preciosas, porque tiene del *Corbunco* la llama, del *Diamante* el rayo, del *Amejiso* la purpura, de la *Esmeralda* lo verde, y de todas todo lo precioso. *Upulas dicitur*

tinctus diversarum colore gemmarum, dixo Isidoro (*lib. 16. c. 2.*) Y si en una piedra tanto admirable, que no tiene precio, ¿qué serán juntos de todos los precios de Dios en sus Sacramentos lo mas precioso en la Eucaristía? Por eso tambien la llama el Arcopagita fin à que se ordenan todos los Sacramentos; porque si cada uno, y todos se enderezan à unir el alma que los recibe con Dios; como lo hacen por la gracia, ¿qué union mas íntima, mas estrecha, que la que en este Sacramento admirable consigue con el mismo Dios el alma? Por eso es consumación de todos los Sacramentos.

¿Qué mucho es, que sea tambien la junta y el compendio de todos los mayores mysterios; que repita con admirable modo la Encarnación del Hijo de Dios, pasmo de los Cielos, y de los siglos? Y si allí unirse Dios con aquella sola infinitamente dichosa humanidad, pasma à los Serafinos: ¿qué será estender esa Encarnación (asi lo explica San Crisostomo) à unirse yá por este Sacramento con cada uno que le recibe? ¿Qué repita su Nacimiento amabilísimo en la tierra, regocijo del mundo y de los Angeles, renaciendo con admirable modo en este Sacramento, en que tantas veces se ha mostrado como tierno, recién nacido niño? ¿Qué repita toda su dolorosa Pasión, osmero principalísimo con que instituyó este admirable Sacramento, que fuese juntamente Sacrificio? ¿Qué repita su gloriosa Resurrección, estando allí con señales de sepulcro y de muerto, y con realidades de vivo? ¿Y que repita en fin su triunfante Ascension, manteniendo en aquel Sacramento las dotes del cuerpo glorioso? Oh, qué junta de excesos tan prodigiosos! Y si cada Sacramento es todo un pielago, si cada Mysterio un abismo; todos juntos con ventajas en el Sacramento de la Eucaristía, ¿qué serán Meditelo la Fé, abraçelo si puede, toda el alma con el amor, veámoslo representado à su modo en este prodigio.

Refiere el Doctor y espiritualísimo P. Juan Busebio Nieremberg en el Libro de Histor. Peregrina, en el cap. 15. de los milagros de Europa (traelo Vasconcelos (*in descript. Regni Lusitan. Hant. n. 16.* nuestro Hautino, y otros; y es constante fama de muchos, que aun hasta hoy son testigos de vista.) En un Pueblo de Portugal llamado antiguamente Escalabisco, que hoy en reverencia de Santa Irene se llama Santarén, una muger que en graves discordias con su marido padecía el infierno, que en tales dias de malos casados se padece, fuese à una hechicera y Judia à pedirle que le diese para amansar aquel Tigre algun remedio. Ofrecióle ella con tal que le traxese de la Iglesia una Hostia consagrada. La perversa muger impía sobre ignorante executó asi; y en una Iglesia llamada San Estevan, al comulgar, tuvo maña para ocultar en un lienzo la Hostia consagrada. Sacóla muy oculta; mas presto se empezó à descubrir el Divino Señor que en ella se

ocultaba, porque empezó à correr con tanta abundancia la sangre, que despues de ir señalando el camino, iba tambien apuntando el horrendo sacrilegio. Taato, que reparando quantos la encontraban, porque ¿qué llevas? ¿Vas herida que así derramas tanta sangre? Ella herida mejor con estas voces en el alma, ocultó quanto pudo el prodigio; llegó à su casa, ocultó el Divino Sacramento en un Baulillo; y à la noche, durmiendo su marido, fue tan grande el resplandor que inundaba la pieza, que despertando él arónito, y sin hallar la causa: Muger le dixo, ¿qué es esto? Ella entonces no pudiendo yá mas à tanta maravilla, le confesó de plano quanto habia hecho. Dió él aviso al Cura. Vino éste, y haciendose notorio el prodigio concurrió innumerable gente aun de los Lugares convecinos. Y aquí entraba mas repetidos los prodigios, y tantas como eran las personas, que lo veían, y que hasta hoy lo véti, porque hasta hoy dura, y se guarda con grande admiracion esta Hostia Soberana; y es, que todos quantos, y quantas la miran, y la veneran, vén la Imagen de nuestro Redentor Jesu Christo en diferentesimos semblantes. Unos lo vén allí crucificado, otros en el Cielo glorioso, otros en Belén como recien nacido, otros atado à la Columna, otros coronado de espinas en el Pretorio; y así todos arónitos, les rebosa el regocijo al vér en un objeto tantas maravillas, y en una Hostia tantos Misterios. Y afirma el mismo Padre Juan Eusebio que dos hermanos de nuestra Compañia, que estaban en Madrid quando escribia esto, afirmaban que lo habian visto, el uno en figura de Ecce Homo, y el otro como un pedazo de carne muy blanca. Así con prodigio tan por todas partes estupendo, manifesta el Señor como en este Sacramento se juntan, y se compendian todos los Misterios, todos los Sacramentos, y todas, en fin, las grandezas de Dios. ¡Oh, Dueño Divino de nuestros corazones! ¡Ojalá, y como así os adoramos con los ojos del alma, sea nuestra disposicion para gozar fruto de tantas maravillas. No para veros atormentado por nuestras culpas, ni enojado con nuestros delitos, sino afable, y amoroso al vér nuestro amor triunfante, y glorioso al vér nuestra gracia, que sea prenda para irnos à acompañar, y gozar en la Gloria. *no veli sup, oculis carnis, sed intuitu*

PLATICA III. *De la materia del Santissimo Sacramento de la Eucaristia, y por qué para el escogió el Señor.*

De la materia del Santissimo Sacramento de la Eucaristia, y por qué para el escogió el Señor. *el Pan, y el Vino.*

A 9. DE MAYO DE 1694.

Por el aparato lo grande no siempre se mide bien, ni por lo rico de la materia lo precioso del artificio. Mas à lo generoso obra quien sin mucho ruido de ostentacion, y mas à lo diestro quien à materia por sí no estimable hace que sea de inestimable precio solo por su labor. A aquel valerosísimo Pintor Giotto, segundo Apelles de Florencia, le pidieron que diese alguna muestra de su mano, prueba de su pincel, para que viendola en Roma el Sumo Pontífice Benedicto IX. lo llevase à la grande obra de San Pedro. Y quando se podia esperar que afanára todas sus mas exquisitas ideas; él entonces, sin mas aparato, sin mas prevenion, tomando una hoja de papel, asentó el codo en la tabla, y sin otro compás que sus dedos, corrió con que se dexa el círculo tan cabal, tan perfecto, que despues al recorrerlo el compás, aun el compás mismo quedó arreglado à la mas fija certeza del pulso, no discrepando ni un punto en toda su buelta la línea. Basta eso para prueba, dixo aquel gran Pintor, y bastó sin duda; que no está en lo mucho, sino en lo raro la prueba de lo sutil, y la ventaja de lo artificioso. Ya esa línea dice en lo delgado quanto serán en lo avultado los golpes; ese círculo cifra de toda el arte los primores. Y que dijémos de aquel círculo, en que Artífice la Omnipotencia en el cerco de un Pan, corrió todas las líneas de un Dios? Aquel círculo en que abrazó quanto Dios sabe hacer, tan sin aparatos de exterior ostentacion, tan sin ruido de profanos gastos en el Pan, previniendo tan facil el mayor combite, que ni tuvieron jamás de la tierra los palacios, ni aun del Cielo pudieron jamás prevenirlo las abundantes reposterías. En el Pan, y el Vino, esa es toda la prevenida materia del Divinisimo Sacramento del Altar; y prevenida, para que destruyendose luego toda su substancia debajo de sus accidentes, queden todos los manjares del Cielo, todas las variedades de la gloria, y las delicias de la Divinidad; que como en el sustento consiste la vida, de modo, que no hay viviente que pueda serlo sin alimento que lo nutra, que lo avigore, que lo mantenga; por eso, como en este Sacramento Soberano prevenia su Magestad la vida del alma, lo instituyó en forma de soberano combite; y así como dice Santo Tomás; (*D. Th. 3. p. q. 74. art. 1.*) porque el Bautismo es. el que lava al alma

ma ennegrecida por la culpa, quiso el Señor que fuese el agua su materia, para que por lo que representa à los ojos del cuerpo, muestre lo que hace en el espíritu. Así como la Confirmacion, porque es la que dá fortaleza al alma; por eso quiso que fuera su materia el oleo, que era con el que allá se ungián los Gladiatores, y los Atletas para entrar en sus peleas, y luchas; mejor este oleo mostrase acá à la Fé como le dá al espíritu el vigor. Así tambien como todo el sér de la vida del alma lo dá la Eucaristia, por eso nos la quiso dexar en combite, en alimento; para que entendamos que si el corporal es el que mantiene la vida del cuerpo, este manjar divino es sin duda el que sustenta à la del alma. Por eso; pues, es su necesaria materia pan, y vino; vino que ha de ser solo de uvas, y no otro alguno; y pan, que ha de ser solo de trigo, y no de otra semilla, y sin otra mezcla que lo corrompa; y sin otra harina que lo mude. No sé si diga que está es mas que necesaria advertencia en estos nuestros desdichados años, en que habiendose visto en el ordinario pan tales mezclas, aun se llegó à temer que en este Pan Soberano las quisiese introducir con suma impiedad la codicia. Quexa es antigua, y lamentable de grandes hombres el desuido con que se dexa el hacer las Hostias à gente muy ordinaria; el poco aseó con que se previenen; el poco respeto con que se corran; y la ninguna reverencia con que se manejan; ¡Oh, santo Dios, y qué dormida con la Fé está en nuestros tiempos la devocion! Los panes de la proposicion que en la Ley Vieja eran solo una muerta figura de este Divino Pan, era obligacion, dice Lyra (*in c. 1. Malac.*) que por sus propias manos las amasáran los Sacerdotes; porque ellos desuadados ya no lo hacían, se les quexa sentidamente Dios por Malaquias: *Offeritis super mi Altar un pan immundum, un pan manchado.* Con quánta mas razon se quexará nuestro Dios de que aqñel Pan Divino, que ha de servir de velo, y cortina à su misma Divinidad, lo manejen manos tan indecentes, manos tan impuras? Yo sé que San Anacleto Papa en los principios de la Iglesia mandó que este pan destinado à fin tan soberano, en que se abatieran de buena gana à amasarlos los Angeles, lo previnieran por sus propias manos los Sacerdotes, ò à lo menos en su presencia, y à sus ojos lo hicieran sus Ministros con aseó, y con cuidado: *Panes quas Deo in Sacrificio offertis, aut à vobismetipsis, aut à vestris, coram vobis nitide, ac studiosè fiant. Et diligentèr observetur à panis, & vinum sine quibus Missæ celebrari nequeant, mundissimè, ac studiosè tractentur.* Yo sé que el Concilio IV. Mediolanense prohibia que ni hombre seglar, ni muger alguna hiciese el Sacrificio las Hostias: *Hostias pro Sacra Eucharistia conficienda non laicus homo, nec famina faciant.* (*Mart. Rom. 28.*

Septemb.) Yo sé que la gran piedad de aquel Santo Rey Wenceslao de Bohemia, miraba esto con tal fervor, y zelo, que el trigo que habia de servir para las Hostias lo sembraba por sus Reales manos; por sus Reales manos lo segaba, lo trillaba, lo disponia, hasta ponerlo por sus manos en las del Sacerdote, y esto sin duda le dió la eterna corona que hoy adoramos. Yo sé, en fin, de relacion de Cesario, que estando en Alemania para consagrar un Sacerdote, por tres veces se le voló de entre las manos la Hostia, hasta que hubo de consagrar otra; y recogiendo despues de la Misa aquella, hallaron que estaba en ella masado por desuido un gusano. Así zelala Dios aun en lo material del pan la total pureza. ¡Oh, quanto deberiamos temer de repetidas indecencias que con este Pan soberano se usan! ¡Ah, manos de las esposas de Jesu-Christo, quanto mejor empleadas estarian en hacer este Pan soberano, que no ocupadas en hacer vizcochos! ¡Quanto mejor se hallaria este Pan de Virgenes en las casas de las Virgenes, que entre manos del todo indecentes! Mas ya que su Magestad nos queria dar este Divino Sacramento por alimento del alma, ¿por qué así escogió solo el pan, una cosa tan comun, tan ordinaria, tan de poco valor, que es comida desde el Pordiosero hasta el Rey, y Principe mas supremo! ¿Para representar una comida tan soberana como la Carne, y Sangre de un Dios, no hubiera escogido algun manjar de los mas exquisitos, alguna vianda de las mas delicadas? ¿pero el pan? ¿una cosa tan comun? Si, y por eso mismo; y esa es la primera razon, dice Santo Tomás, por lo comun, por lo fácil; que su amor, queriendo darsenos todo, no quiso que tuvieramos para recibirlo ni dificultades, ni gastos, ¿Qué facil todo un combite donde embidiosos vuelan à sus delicias los Angeles! Si como la desvanecida Cleopatra pusiera en un plato desleida una perla que valia veinte y cinco mil ducados, ¿qué pobre pudiera llegar à gozar de este Sacramento? Si como soberbio Justiniano hubiera prevenido para celebrar este combite como aquel tenia, una sala, con el techo, el suelo, y las paredes todas cubiertas con chapas de oro, de oro las mesas, las sillas de oro, ¿qué Reyes alcanzáran hacer este combite? Si como desvanecido Caligula pusiera sobre las mesas los panes de oro, de oro macizo las perlices, y en fin, de oro todas las viandas, sirviendo solo esta vanidad à la soberbia, quedando hambrientos los comidados, nada gozáran de provecho. ¡Oh, quanto, pues, mas proporcionado el amor en lo comun del pan, nos puso lo mas singular de Dios para que lo gocen, y lo reciban aun los mas pobres, los mas miserables, los esclavos, los abatidos! ¡Oh, res mirabilis Manducati Dominum pauper, servus, & humilis. Haciendo tan facil el Divino amor lo que la vanidad del mundo tuvo

por imposible. Celebra la Divina Escritura por grande el comite de Baltasar, porque restando todo el poder de los Asirios, dió magnificamente de comer à mil Principes: *Balthasar fecit grande convivium optimatibus suis mille*. Celebra por grande el comite de Asuero, porque para ostentar todas sus riquezas y gloria, dió de comer no à los Principes solos, sino à todos sus vasallos. Admira la antigüedad el comite de Alejandro que en un dia dió de comer à diez mil comidados: las Bodas de Wenceslao, Rey de Bohemia, que en la Ciudad de Praga dieron de comer à cien mil hombres. ¿Quán infinito mas sin vanas ostentaciones hace Dios cada dia con este Pan Divino, comulgando en una mañana ya veinte, ya cinquenta mil almas? ¿Y cuántos comulgarán en una mañana en todo el mundo? Tan sin aparatos todos los regalos del Cielo, tan sin ruido todas las viandas de la Gloria.

Escogió lo segundo el pan, y el vino, porque en estos se cifran todos quantos bienes se pueden desear en el mundo. Debaxo de estos nombres entendemos todas juntas las felicidades. Trabaja un hombre, y se fatiga; y si le preguntan dice, que es por buscar un pedazo de pan. ¿No mas que por un pedazo de pan? No: ya se entiende que en eso habla del sustento, del vestido, de la casa, y de la conveniencia: un pedazo de pan todo lo dice. Pues por eso escogió el Señor el pan para darnoslo todo. Ni es tan vulgar dicho aquel que no haya nacido de las Escrituras: *Fruentio, & vino stabilivi eum, & tibi, fili mi, ultra quid faciam?* le decía Isaac à Esau, su hijo: le he dado à Jacob, tu hermano, todo quanto hay que dár, el pan, y el vino; no tengo ya debaxo del Cielo mas que darte. Por eso, pues, el pan, y vino es la mejor materia para representar aquella Vianza Divina en que todos los bienes se compendian.

Escogió lo tercero el Señor el pan, porque él solo es el que en sí contiene los gustos, y los sabores de todos los manjares: *Inter fercula, praeiari*, le pusieron bien por mote, porque sin pan nada se gusta. Haya en un comite los manjares que quisieren, pintelos como quisiere la golosina, no pongan pan en la mesa: ¿quién habrá que los guste? Pero al contrario, puesto el pan, el pan con lo caliente le dá el sabor, con lo frio le acompaña el gusto, con lo dulce se proporciona, con lo agrio se acomoda, con todo hace: *Inter fercula praeiari*. Por eso, pues, para el gusto del alma escogió el Señor este Pan divino, que es el que à todos los gustos del espíritu les dá el sabor, les dá el saynete, les dá el alma. ¿Ha de ser sabrosa la oracion? El Pan de la Eucaristía es el que la suaviza. Por eso aquel Patriarca admirable Santo Domingo de Guzmán delante de este Pan divino tenia sus fervorosos éxtasis; por eso San Francisco de Borja siete veces al dia acudia con sus oraciones à en-

dulzarlas con este Pan soberano. ¿Ha de ser provechoso el estudio? Este Pan soberano es el que le dá las luces, y el provecho. Por eso aquel Doctor Angelico Santo Tomás à las luces de este Sacramento goberaba su pluma, que está dando luces al mundo: por eso aquel espíritu todo dulzuras San Francisco de Sales decía, que no hay sermón mas provechoso que el que se estudia, y se previene delante de aquel Pan divino: por eso el Eximio Doctor Padre Francisco Suarez decía entre sus inmensos estudios, que el dia que dexaba de recibir en la Misa este divino Pan, se le secaba tanto el animo como la pluma. Ha de ser la luz del entendimiento la que se necesita para los negocios del alma? Aquel Pan Divino es el que la aviva, el que la despierta, el que destierra las sombras, el que dispone los aciertos. Por eso aquella exátria Virgen Santa Teresa de Jesus, quando mas combatida de obscuridades, y tentaciones, en llegando à la Comunión, como quando nace el Sol al mundo, así le nacia el Sol à su alma. ¿Ha de ser con acierto la vocacion al estado del servicio de Dios? Este Pan Divino es el que encaminandola la aligera, y la suaviza. Por eso nuestro admirable Novicio el Beato Estanislao lo logró tan de lleno; porque la encaminaba à las luces de este Divino Sacramento. Han de ser, en fin, con acierto, y lógro todos nuestros pasos, todos nuestros negocios. El Pan Sacramentado ha de ser el que les dé la mejor sazón. Por eso la Beata Coleta, Restauradora admirable de las Clarisas, nada hacia sin consultar primero à este Divino Sacramento: de modo, que si alguna vez queria obrar contra lo que le inspiraba en el alma, no podia tragar la Hostia, hasta que determinaba hacer lo que Dios le mandaba. Este Pan Divino, en fin, es el sabor, es el gusto, es la sazón de todas las virtudes, como el pan corporal es el gusto de todas las viandas.

Escogió, en fin, el Señor el pan, porque él es el que sustenta, y nutre, el que corrobora, y fortalece, el que regala, y deleyta. De sus deleytes hablen innumerables almas si pueden hablar lo que sienten, y tienen voces para explicarlo. Un San Felipe Neri, rayendo con la lengua hasta gastar la plata de los Cálices por lo que sentia de dulzuras. Una Estefana de Zoncinno, una Catalina de Sena, y otras innumerables que aun en lo corporal sentian las inundaciones de sus dulzuras. Lo que corrobora, y fortalece ponderaremoslo quando hablemos de sus efectos. Cómo sustenta, y cómo nutre, lo ha mostrado no solo en la vida del alma, pero aun en la vida del cuerpo. Dexo ya muchos que por quarenta dias, que por ochenta pasaban sin otro sustento ninguno, sino solo el de la Eucaristía. Pedro del Abad Hor, refiere Paladio, que vivió tres años enteros sin mas sustento que solo comulgar tres veces cada semana. Por muchos años mas,

re-

refiere Miguel Estelita, que vivió en una cárcel su Maestro Teodoro Estelita sin otro sustento ninguno, sino solo este Pan del Cielo. De Nicolao de Rupe, moderno Anacoreta, refiere nuestro Bolando, que vivió diez y nueve años, y seis meses sin otro sustento ninguno, sino solo el de aquel Divino Pan, que en sí contiene todos los manjares. ¿Qué mucho, pues, que un dia solo que lo dexára de recibir. Santa Catalina de Sena llegaba à tal debilidad, à tal flaqueza, que ya parecia que espiraba, restaurandose las fuerzas, y como reviviendo al punto que se lo ponian en la boca? ¿Y qué mucho que tantas almas dichosas buscáran este Pan continuamente con ansias?

Refiere Santo Tomás de Villanueva, (*Serm. 2. in Fest. Corp. Christ.*) que conoció, y trató à una Beata Agustina, la qual como el Ciervo desea las fuentes de las aguas, así ella deseaba recibir el Cuerpo de nuestra Vida Christo. Hacíasele tan árido dexar un solo dia de comulgar, que si acaso en el lugar donde vivia habia, como hubo impedimento de entredicho, se salia del Lugar, e iba à pie todas las mañanas por muy larga distancia à otro Lugar à recibirlo. Llegó, pues, el Jueves Santo, y habiendose trasladado el Santísimo al Monumento, llegó ella tarde; y no hallando ya forma, empezó à dar talaras tantas lagrimas, à dar tales gemidos, que parecia que lloraba à un hijo muerto. Mas quando así gemia tan afligida, le aparecieron en el ayre visiblemente dos manos, y en ellas el Santísimo Sacramento, de las cuales recibíendole, se le trocó su amargura en un increíble regocijo. ¡Oh, si con estas ansias buscáramos todos este Pan del Cielo, escogido de Dios para su Sacramento, por darnos en él todas juntas las felicidades de esta vida, y todos juntos los manjares, y los gustos de la Gloria!

PLATICA IV.

De las palabras de la Consagracion, forma de este Sacramento, y su admirable virtud, y eficacia.

A 19. DE MAYO DE 1694.

A La hermosura tan consumada de los Cielos, à la belleza tan admirable de los Astros, à la concertada máquina del mundo, ¿qué le hace falta sobre tanto cabal de perfecciones? ¿qué se puede echar menos en tanta junta de belleza? Pregunta es con que en ficción ingeniosa mostró bien el agudo Philón quanta era, si de Dios la grandeza, de nuestro reconocimiento la obligacion. Finge, pues, aquel que quando su Magestad hubo perfeccionado esta fabrica admi-

rabable del mundo, teniendo acabado todo su adorno, al levantar la mano les preguntó à sus Ministros. ¿Qué le falta à toda esta obra de mis manos? ¿qué echais menos en ella? A que entoncez uno respondió así: La falta, Señor, à esta fabrica tan bella, à esta máquina tan hermosa, una voz aguda, una voz grande, clara, levantada, sonora, que por todo el ámbito de los Orbes sin cesar un instante solo estuviera publicando tus alabanzas, estuviera haciendo notoria tu sabiduría no solo en los inmensos Tronos de los Cielos, pero aun en las cosas mas pequeñas; en cada perla, en cada flor, en cada abeja, en cada hormiga; eso es lo que le falta à un mundo tan hermoso. Bien aguda ficcion, si esa voz grande no la tuvieran ya à su cargo con sus mudas lenguas los Cielos: *Celi enarrant gloriam Dei*; y si esas alabanzas articuladas no las hubiera ya Dios puesto en las bocas de los Sacerdotes, que estos son à cuyo cargo está el Sacrificio de alabanzas, en que ha puesto Dios toda su honra: *Sacrificium laudis honorificabit me*; estos los que en la Hostia à Dios mas agradable ofrecen à su Magestad el mas supremo elogio: *Tibi sacrificabo hostiam laudis*; estos los que en pocas veces corresponden con aplausos equivalentes à todas las mayores obras de Dios: *Immolavit in tabernaculo ejus hostiam vociferationis*. Esas son, pues, en las palabras de la Consagracion como juntas de Dios todas las maravillas, compendiadas tambien todas sus alabanzas, Oygamoselo à los mas puros labios de MARIA que solos pudieron dar à entender, lo que en cinco palabras hacen los labios de un Sacerdote: *Entoncez, (le reveló la Santísima Virgen à Santa Brígida) entoncez, quando el Sacerdote pronuncia las palabras de la Consagracion, el Eterno Padre es honrado, y adorado en el Cuerpo de su Hijo, y el Hijo se llena de regocijo, y gozo en el poder, y magestad de su Padre: su Madre, que soy yo, me reverencian inclinando las cabezas todas los Ejercitos Celestiales, porque lo concebí en mis Entrañas; todos los Angeles postrados de rodillas lo adoran; todos los bienaventurados le dan gracias, y alabanzas, porque los redimió; y en fin, todo el Cielo triunfa al decir el Sacerdote estas admirables palabras. Así lo dice la Santísima Virgen.*

Estas palabras, pues, son las que por este rato tiene que admirar nuestra Fé, en que tan faciles hace Dios mayores imposibles, en que tan comun se nos ofrece el favor mas singular de Dios, en que tan poderoso, y eficaz vemos por la virtud Divina el sonido de la humana voz. ¿Qué pasmo no causó al mundo vér en la Ley vieja à un grito de Josué, y en la nueva à un grito de Xavier parado el Sol, detenido su curso, dilatando el dia, y obediente así el mayor Planeta? Todo el entendimiento se asombra al vér tan facil à una voz tanto prodigio. ¿Qué sería vér à la voz de un Thaumaturgo todo el mon-

te

te volar por el ayre; toda la fortaleza de sus quicios; toda la estabilidad de sus peñas como si fuera una paja movible ligero de un lugar al otro? Si tal vieramos, consideradlo; ¿quál quedaríamos de atonitos? ¿Qué sería ver à una voz, y à una bendición del Tolentino milagroso una perdiz asada en un punto restituirse à la vida, vestirse de plumas, recobrar alas, emprender el vuelo? Si tal vieramos, ¿dónde nos cabría tanto pasmo? ¿Qué sería ver en las faldas de la Santa Reyna Isabél las monedas de oro convertirse solo à su voz en frescas rosas? Por no repetir à este modo millares de prodigios, si así los ha hecho Dios solo à la voz de sus criaturas, qué hará à su misma voz, quando lleva por ecos la Omnipotencia: *Vox Domini in virtute*. ¿Qué hará la voz de Dios, quando resuena en todos sus tesoros? *Vox Domini in magnificentia*. ¿Y qué hará, quando esta misma voz que es suya, y con que obra el milagro de sus milagros en la Eucaristía, quiere que sea su misma voz la del Sacerdote, y que lleve en sus ecos envuelta la Omnipotencia? *Eccc dabit voci suae vocem virtutis*.

Fingid in lo que es mucho menos aun à la consideracion lo que allá hace con ventajas infinitas la realidad. Si vierais que un Alquimista sacaba de varias flores un licor tan raro, tan poderoso, tan eficaz, que con solo echar una gota sola de él sobre un pedazo de hierro en un instante lo organizara todo en un reloj de ruedas tan compasadas, tan conformes, que al instante empezando à correr sus movimientos fueran regulando las horas, ¿qué dixerais? ¿Gran poder! ¿Hombre divino! Andad que eso lo hace Dios cada rato debaxo de nuestros pies con una gota de agua en un sapo; ¿no la habeis visto? Apenas caida la gota, quando organizado aquel reloj vivo. Pues quien así por desprecio en un sapo obra ese prodigio, ¿qué hará en la suprema de sus obras, en la mayor de sus maravillas, en el estero de sus atributos? Hace con cinco palabras, no que se páre el Sol que es poco, no que se turben los Cielos, que es nada, no que vuelen los montes, que es menos, sino lo que todos juntos los Angeles jamás pudieran conseguir, jamás pudieran hacer; obediente el mismo Dios se ponga debaxo de las especies de Pan. ¿Qué sin trabajo la mayor obra! ¿con qué facilidad una junta inmensa de prodigios! ¿Qué cosa mas fácil que pronunciar quatro palabras? Si vieramos que un hombre solo con decir: Mueyanse esos montes, y ponganse de aquí quatro leguas, salgan del mar todos los peces, y ponganse aquí todos juntos, al punto se pusieran estos, voláran por el ayre aquellos, ¿qué hombre es este? diriais, ¿con qué asombro! ¿Pues qué tiene que ver eso con ponerse Dios obediente à su voz debaxo de los accidentes del Pan, y con tanta facilidad?

Hieron, Tyrano de Zaragoza, habia fabri-

cado una Nave que enviarle de presente à Ptolomeo, Rey de Egipto, tan desmesurada, tan grande, que ocupando su máquina la playa, parecia una montaña de madera; pero ocupado todo en su grandeza no previno, qué fuerzas bastarian à ponerla en el agua; millares de hombres no alcanzaban; ni aun à menearla; trazas, artificios, máquinas nada podian; de modo, que ya parecia necesario dexarla podrir en el mismo astillero. Archimedes entonces despues de verlos fatigarse tan en vano, dispuso con su grande ingenio una máquina, que reducida toda à una pequeña rueda, el mismo Hieron sin fatiga ninguna solo con ir dando por su mano vueltas à la rueda, puso todo aquel monte de madera en el agua. Prodigio del arte, que lo asombró de modo, que pronunció por ley, que desde aquel dia quanto dixerá Archimedes se le diera entera fé, y credito: *Ab hac die, de quocumque dixerit Archimedes, illi credendum est*. ¿Qué poco bastó para llenar todo aquel entendimiento! ¿Quánto mejor, si viera lo que vé nuestra Fé hecho tan facilmente por Dios à unas pocas palabras, lo que no alcanzaran ni de todos los Angeles las fuerzas!

Y esto no concedido à un hombre solo, qué siendo favor inmenso, fuera con mucha razon el asombro del mundo. Si este poder soberano, si esta autoridad toda Divina la tuviera solo el Sumo Pontífice de la Iglesia, ¿qué asombro no causaria tal poder? ¿Pues en qué desmerece tan à millares doblada la maravilla por concedido este poder à tantos millares de Sacerdotes? Esos, pues, son los Ministros, que representando para este acto el mas soberano de nuestra Religión, la misma persona del Hijo de Dios, por eso en nombre suyo repiten sus mismas palabras. En los demás Sacramentos el Ministro aunque es Ministro de Dios, aunque obra solo en nombre, y por la autoridad de Dios, mas con todo esto habla en su propia persona, no en la de Dios: *To te baptizo*, dicen: *To te absolvo*; *yo te confirmo*, &c. Pero en este el mayor de los Sacramentos, habiendo hablado el Sacerdote en la Misa ya en nombre suyo, ya en nombre de la Iglesia, en llegando à las palabras de la Consagracion, *Jan non suis sermonibus Sacerdos, sed uitar sermonibus Christi*, dice San Ambrosio. Hablando el Sacerdote no es él quien habla; pronunciando él no es él quien pronuncia es el mismo Jesu Christo, el que en su persona, el que por su boca repitiendo las mismas palabras que en aquella primera Cena dixo, repite las mismas maravillas: *Este es mi Cuerpo: esta es mi Sangre*. No dice este es el Cuerpo de Christo; que eso fuera hablar por sí el Sacerdote, sino: *Este es mi Cuerpo*, que eso es hablar por su boca el mismo Jesu Christo eso es ir en sus palabras envuelta toda la Divina Omnipotencia. Y quien así representa al mismo hijo de Dios, ¿qué perfeccion, qué santidad, qué pureza? Ah confusion de mi

indignidad, ¿qué abismos tienes en que sumirte? De Fray Venturino de Bergamo, Dominicano, se refiere en las Crónicas de esta Orden, que al decir Misa se iba poco à poco encendiendo de modo, que al llegar al Canon, inmutado su rostro, parecia en la hermosura un Angel, y en llegando à la Consagracion le vieron muchas veces cercado de una hermosa nube, y que al pronunciar las palabras, à cada palabra le salia un rayo de fuego de su boca. ¡Ah, si este fuego nos abrasara à todos los Sacerdotes! Mas de aquí se sigue tambien, ¿qué veneracion deben tener los que no lo son à estas palabras? En Apamé de Syria, refiere el Prado Espiritual, que unos niños por juguete se pusieron à decir Misa en el campo, y haciendo altar de una grande piedra, previnieron la Hostia, fueron diciendo la Misa, llegaban à pronunciar ya las palabras de la Consagracion, quando baxando del Cielo una terrible llama, convirtió en cenizas el pan, y la piedra, dexandolos à ellos medio muertos. Asi zela Dios el respeto à estas sus llaves de los Cielos: ¿cómo sufrirá que quieran coger las palabras de la Consagracion para supersticiones de viejas, para males de corazones, y para otras vulgares ignorancias? Acabemos de entender, y desenteremos de nosotros tales indecencias.

Mas crece la admiracion, viendo que la dignacion admirable de Dios, aun siendo el Sacerdote tan del todo indigno como yo, tan peccador, y aunque sea en sus costumbres el peor del mundo, porque no habla en su persona, sino en la de Dios, le dexa (y es de Fé) la misma fuerza à sus palabras. Repito las de la admirable Virgen Santa Teresa de Jesus, para horror, y confusion mia. Dice así: *Llegando una vez à comulgar, ví dos demonios con muy abominable figura. Parecemos que los cuernos rodeaban la garganta del pobre Sacerdote; y ví à mi Señor con la Magestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquella alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mio, ver nuestra hermosura entre figuras tan abominables?:: Dióme tan gran turbacion, que no sé como pude comulgar:: Dixome el mismo Señor, que rogase por él, y que lo habia permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la Consagracion; y como no dexa de estar allí Dios por malo que sea el Sacerdote. Hasta aqui Santa Teresa. ¿Y nuestro horror hasta dónde, señores Sacerdotes?*

Esta fuerza, pues, de las palabras, esta eficacia admirable en las mismas palabras se expresa: por eso no dixo (reparenlo) como dice al hacer los Cielos, al hacer los Astros: *Fiat lux, fiat Firmamentum, fiant luminaria*; hagase la luz, hagase el firmamento; porque aunque à la voz de Dios obedeció luego, pero en el modo de las palabras parece que admitia alguna demora, y no sufre eso el amor de Dios en este Sacramento; por eso

dice: *Este es mi Cuerpo*; es, porque al oírlo pronunciar ya está allí real, y verdaderamente su Cuerpo, es porque no habla como en los demás Sacramentos de una accion que se pasa, sino del Cuerpo, y Sangre suya que allí permanece: es, porque en tan breve instante como suena esta voz, esta syllaba, aquel Cuerpo mismo del Hijo de Dios que nació de las entrañas Purísimas de MARIA, aquel mismo que por nosotros padeció en la Cruz, aquel mismo que está sentado à la diestra del Padre, se pone en un punto sin dexar el Cielo en la Hostia. Por eso compara el Damasceno, (l. 4. c. 14.) y otros Padres estas à las palabras que respondió la Santísima Virgen al Celestial Parainfio, à cuyo *fiat* dichos obró en un punto el Espiritu Santo en la Encarnacion admirable del Hijo de Dios, el negocio de los siglos. Por eso en sentir de gravísimos Teólogos (Amb. l. 4. c. 4.) tienen las palabras de la Consagracion recibida de Christo tal eficacia, tal fuerza, que si el Señor no hubiera tomado todavía Cuerpo, ni lo tubiera en el mundo, ni en el Cielo, al eco solo de estas palabras se produjera de nuevo, redoblando à empeño de la verdad de Dios todas sus maravillas. Este es, pues, el primer efecto prodigioso de las palabras de la Consagracion; que de la transubstanciecion admirable que se sigue, veremos en la Plática siguiente; y ahora, dexado millares, celebremoslo en confirmacion de nuestra Fé con todos estos prodigios.

Refiere Beda, (Hom. 110.) y lo trae Fray Alonso de Rivera (Hist. del SS. Sac. tr. 2. §. 7.) del Orden de Santo Domingo, que el año de mil trescientos y noventa y dos, un Cura de la Iglesia de Moncada, Pueblo de la Huerta de Valencia, andaba con grandes dudas, y escrupulos de si era Sacerdote, ò no, por haberlo ordenado un Obispo consagrado por Clemente VII. que fue elegido en tiempo de cisma, y por eso trataba de buscar modo como otro Obispo de nuevo lo ordenase; pero atajó Dios su inquietud con estos prodigios: Diciendo Misa dia de Navidad se la oía una muger con su hijuela, niña de solos quatro años y medio. Acabada la Misa, la niña no queria irse, è importunaba à la madre para que no dexase en manos del Cura al niño hijo de su vecina, sino que se lo llevara consigo. Habia parido poco antes la muger de un vecino llamado Ferrer, à quien visitando aquella muger, la inocente hijuela se habia aficionado à la criatura, y de esa hablaba, pensando que era la que veía en las manos del Cura en el Altar. La madre que ignoraba esto: anda loca, ¿qué niño tiene el Cura? Y la niña: no soy loca, allí tiene el Cura el niño que te digo. Despreciando esto la madre, llevóla, aunque llorando, derecha à la casa de la parida para desengañarla; mostróle el niño, y quietóse con esto. Pero otro dia volviendo à oír la Misa del mismo Cura, al alzar la Hos-

tía volvió la niña à vér al mismo niño que el día antes: dixo selo à su madre alborotada, y ella, dandole ya cuidado, le contó al mismo Cura lo que había pasado. El la rogó que al día siguiente la volviese à llevar à su Misa; hizolo así, y volvió à suceder lo mismo, y cogiendo el Cura à la niña, la preguntó, ¿qué había visto? Y ella: que veía un niño muy hermoso, que llenaba la Iglesia toda de resplandor. No contento con esto, al siguiente día, por hacer mayor prueba, llevó al Altar dos Hostias, consagró la una dexando aparte la otra sin consagrar; y despues cogiendo en la mano derecha la consagrada, y la otra en la siniestra, hizo traer à la niña, y preguntó: ¿qué ves? Y ella: en esta mano tienes à este niño tan lindo. ¿Y en esta? Mostrándole la izquierda: ahí, dixo ella, tienes una oblea. Esta prueba se hizo otras veces, trocando las manos, y siempre la criatura confesando lo que claramente veía, llenando al Sacerdote de inexplicable consuelo este desengaño, avivando en los Fieles la Fé este prodigio, y perfeccionando Dios de boca de los inocentes sus alabanzas. ¡Oh! y sea para que eternamente se las repitan nuestras almas, para que despertando nuestra Fé se avive nuestro fervor, y à la asistencia de la Misa, para que sea con una atónita devoción, y ya al recibirlo en la Comunión para que sea con grandes aumentos de gracia.

PLATICA V.

De los tres mas principales milagros que obra Dios en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

A 23. DE MAYO DE 1694.

A Un mas que lo ruidoso del trueno, de su efecto lo mudo hace, sobre tan espantoso, mas admirable al rayo, quanto al violento estallido se publica, tanto en el estrago no pocas veces prodigiosamente se oculta, dexando tan escondida la ceniza como notoria la llama. Vióse ya alguna vez consumir de una bolsa bien cerrada la moneda toda, haciendo al dueño la burla, y à la bolsa ni el menor daño. Vióse sin sentido la misma bayna dexarla vacía, y sin su espada. Vióse agotar del todo en un barril su vino, dexando el barril mismo intacto, divina fuerza parece poder tan sutil, dixo el sesudo Seneca: *Ne quidquam dubit, quin Divina insit illis, & subtilis potentia.* (Quest. lib. 2. cap. 42.) Y lo que es mas terrible, dexando en los hombres las apariencias de vida, les sabe introducir en un punto realidades de la muerte. Diganlo aquellos Segadores de Lemnos, que refiere Cardano (l. 42. c. 28.) que quando mas alegres à

la sombra de un arbol cenaban, à la violencia de un rayo no espanta que quedasen muertos, pasma sí, que los dexase à todos tan como vivos; el uno arrimado como estaba al tronco, el otro llegando à la boca el bocado, riendose el uno, tocando el otro una guitarra, y todos como los cogió el trueno muertos en el mismo exterior ademán de vivos. Así, pues, quando el trueno se publica, el efecto prodigioso se oculta, haciendo ese grito del Cielo mudanza tan admirable, que dexando la misma apariencia muda toda la realidad: *Fallit imago*, les puso bien por mote nuestro Engelgrave; engaña la apariencia, parece uno, y à la fuerza de un rayo ya es otro. Y si à la voz de ese material trueno vemos obrarse tal prodigio, ¿qué hará el trueno de la voz de Dios en la rueda que abrazando los Cielos ciñe todas sus maravillas? *Vox tonitruū tui in rota*; la voz digo de la Consagracion sobre el orbe del pan, sobre la esfera del Caliz, que con propiedad de rayo, dexando toda la exterior apariencia, muda en un punto en lo interior toda la realidad.

Dixe ya, como à las palabras de la Consagracion, que sobre el pan, y el vino pronuncia el legítimo Sacerdote, se pone real, y verdaderamente el mismo Cuerpo, y la misma Sangre de nuestro Redentor Jesu Christo; así como está en el Cielo, debaxo de las especies. Soberana verdad expresamente definida en diez Generales Concilios, celebrada con inmensos elogios de todos los Santos Padres de la Iglesia; confirmada à repetidos milagros de los Angeles; adorada con estupendos prodigios aun de los brutos; reverenciada aun de la terquedad maldita de los demonios. ¿Mas qué se sigue de maravillas à esta la suprema de todas? Tantas, que à millares no se pudieran contar por las eternidades. Aquí es donde à la letra suenan las palabras de Job: *Qui facit magna, & incomprehensibilia, & mirabilia, quorum non est numerus.* (c. 19.) Apunto solo las que por mas proporcionadas à nuestro corto entendimiento excitan mas de nuestro corazon el fervor.

Puesto, pues, el Cuerpo y la Sangre del Hijo de Dios en su Sacramento, al instante mismo el que antes era pan, ya no es pan, el que antes era vino, ya no es vino; (Conc. Tr. ses. 13. c. 2.) porque consumida, destruída, y quitada la substancia del pan, en su lugar queda sola la substancia del Cuerpo de Christo; consumida, destruída, y quitada del todo la substancia del vino, queda en su lugar la substancia de la Sangre misma del Hijo de Dios. Esta es, pues, la que no pudiéndose llamar conversion, ni mutacion, porque en lo que vulgarmente llamamos conversion, y mutacion queda siempre alguna parte de la substancia que antes era, por mas que se mude; por eso con la mas propia, mas significativa voz la llama *transubstanciacion* nuestra Fé, aplaudiendo y celebrando esta voz el Santo Concilio de Trento, por

brando esta voz el Santo Concilio de Trento, porque ninguna otra puede explicar lo que aqui pasa, donde toda la substancia del pan y del vino con estupendo milagro, y sin exemplar, en lo criado, se destruye y se quita al ponerse la substancia del Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios. Como, pues, (dice ahora muy espantada nuestra rudeza); como no vemos allí con los ojos mudanza alguna? ¿Cómo à nuestra vista se queda el pan como estaba antes? Preguntad eso mismo al dexar un rayo en un punto sin una sola gota de vino à un barril que estaba lleno, dexándose el barril intacto. ¿Dónde se fue todo este vino en un punto? ¿Por dónde entró este rayo tan eficaz, que no viendose nada por fuera, por dentro se reconoce su efecto? ¿Pues no sabrá Dios adelantar mejor en la Eucaristía ese prodigio? ¡Oh! que lo que ven los ojos no es sino pan, no es sino vino. Y por mas que eso vean, no saben engañarse los ojos? ¿Ubas eran en la apariencia aquellas que allí pintó Zeuxis, (Plin. l. 35. c. 10.) tan naturales, tan propias, que engañado voló à picarlas un pajarito. Ése era un bruto, dirán. Pintado era solo aquel velo que echó sobre su lienzo Parrasio, tan al natural, tan al proprio, que llegando Zeuxis à correrlo, fue él quien quedó corrido. Muertos colores eran los de aquel retrato de Clara Eugenia, Archiduquesa de Austria que pintó Rubens; mas tan al vivo, que puesta en parte algo obscura, al verla el Archiduke Alberto su marido, llegó festivo à saludarla. ¿Y lo que así sabe fingir el arte para el engaño, no sabrá disponer Dios para la verdad? ¿Lo que sabe hacer un pincel, no sabrá hacerlo mejor Dios? Que os parezca pan lo que no es pan, que os parezca vino lo que no es vino; eso es el triunfo de nuestra Fé, que à pesar de los ojos conoce la verdad la razon: por esto sobre todos se llama con especialidad *Mysterio de la Fé; Mysterium Fidei*. Son *Mysterios* de la Fé los otros, no hay duda; pero este les lleva à todos una gran ventaja. ¿Y cuál es? que en todos los demás *Mysterios* creemos lo que no vemos; pero en este creemos contra lo mismo que vemos. El *Mysterio* de la Trinidad Santísima no lo vemos, pero lo creemos; mas en la Eucaristía vemos pan, y adoramos el Cuerpo de Christo; vemos vino y adoramos su Sangre. Esa es la Fé que nos enseñan en este Sacramento aun los mismos demonios. En Cambridge, refiere nuestro Delrio, (c. 2. q. 3.) habiendo se hecho grandes diligencias para librar à una endemoniada, y terco à todas el maldito espíritu, un día el Dean de aquella Iglesia acabando de decir Misa fue à conjurarla. Y el demonio al instante jah, dixo, ¿qué bien armados vienen con aquel pan que has recibido! ¿Qué pan, maldito? le instó el Dean: Sino es mas que pan el que he recibido en la Misa, no saigas de este cuerpo; pero, si como creo es el verdadero Cuerpo de Jesu Christo, en su nombre te mando te vayas de este cuerpo; Cosa prodigiosa! al instante salió dando grandes bramidos, y confesando con ellos la verdad Católica.

Mas hé aqui de uno en otro encadenados los milagros; porque en eso mismo que vemos está otro estupendo prodigio. Vemos la cantidad, el color y el sabor, el olor del pan y del vino; esos son los accidentes que quedan, y permanecen; Mas cómo quedan? Sin sugeto ya, en que se recibían, sin substancia que los sustente: no la del pan, que se destruyó todo; no la del Cuerpo de Christo, que ni tiene ese color, ni ese sabor, ni esa cantidad. ¿Pues quién sustenta así esos accidentes? Toda la Omnipotencia de Dios, que sola basta à tanta maravilla. Por aqui me daré à entender en lo que se mira para alcanzar lo que no se vé. Si llena una grande copa de cristal toda de agua hubiera tal destreza, que dándole un golpe à la copa, quebrada ella en pedazos, el agua con todo eso se quedara en la misma figura que formaba deatras de esa copa, ó redonda, ó esquinada, ó istriada, suspensa en el ayre y sin derramarse una gota; ¿qué asombro no causaría vér así detenida el agua sin quien la sustente! párada sin derramarse y firme como si fuera sólida? ¿En qué se tiene esta agua difusa, cómo se sustenta? Pues mayor prodigio: hace allí en detenerse sus pensos sin sugeto los accidentes el que à las aguas las supo solidar como paredes de cristal en el Mar rojo, el que las supo suspender en el ayre como cristallinas rocas en el Jordán.

Mas ya que así del todo se destruye la substancia del pan; ¿para qué (dirá alguno) quiso el Señor dexar solo los accidentes à nuestros ojos? Lo primero; para que sirviesen de velo à nuestra veneracion, en que oculto el *Santísimo Sacramentum* de su Divino Cuerpo y Sangre, conciliara sus debidos respetos à nuestras almas; para qué fuesen la nube, que ocultandonos la gloria de Dios, porque no nos cegaran sus rayos, y invitara y avivara nuestra Fé à buscar por ella sus gozos. Por eso le reveló à Santa Gertrudis, (l. 4. c. 25.) que quantas veces miramos con deseo, con ternura y con devocion la Hostia, tantas aumentamos los meritos en el alma, à que corresponden en la otra vida otros tantos especiales deleites y gozos à los que así lo miraren. Deseaba con ardientes ansias una alma llegar à vér à Dios; aparecióle Santa Teresa, y le dixo: Alma dichosa, ¿qué suspiras? ¿qué te fatigas ansiosa por vér el Rostro de Dios, si lo tienes todos los días en Altar? El mismo que nosotros vemos en el Cielo es el que vosotros estáis mirando en la Hostia; solo con la distincion, que lo que nosotros vemos con la luz de la gloria, vosotros lo veis con la luz de la Fé, con merito y con este mérito os podéis aumentar los gozos que nosotros ya acá no podemos. La Beata Coleta, Monja Clarisa (Barri, *Fato de Jesús* c. 446.) decla, que nada estimaba tanto en la tierra como sus ojos. Claro está, dirá qualquiera, que nada hay mas estimable que los ojos para

ver la luz, para gozar del Cielo, para divertirse en las criaturas, para gozar de la vida. Pues para nada de eso los estimaba Coleta, sino solo estimaba sus ojos para ver los accidentes de la Eucaristía: por eso solo, decía esta Virgen admirable, los estimo tanto, que si me privára de ellos el Señor en la vida, me fuera este mi mayor tormento; porque me privára del deleyte mayor que gozo en verlos. ¡Gran fineza! Mas no advertía, que supiera el Señor suplirla aun sin tener ojos.

De la Beata Sivilina de Pavia, Monja Dominicana refiere Fr. Hernando del Castillo, (p. 2. *Hist. Domin. c. 20.*) que desde edad de trece años estaba ciega; mas quando aun sin sentirlo ella estaba cerca de este Divino Sacramento, lo conocía por una especial dulzura que sentía en el alma; y esta misma sentía quando pasaba el Señor por la calle. Una vez, que pidiéndole al Cura de una Parroquia el Santísimo para un enfermo, no lo tenía, quiso emendar un yerro con otro mayor; llevaba, pues, una Hostia no consagrada; y al oír la campanilla aquella Religiosa dichosamente ciega, se puso de rodillas à adorar, mas no sintió nada de la dulzura que solía; quedó afligidísima, hizo llamar al Cura y preguntóle: si aquel día había llevado el verdadero Cuerpo de Christo nuestro Señor al enfermo, ò no? Y refirióle lo que le pasaba. El pobre Sacerdote quedó gravemente confuso viendo se descubrió y le confesó la verdad. Y quando así aun à los ciegos aun debaxo de sus accidentes se hace sentir el Señor, ¿qué importa que aquellos velos sagrados nos lo oculten?

Mas: síguese de aquí, que tantos como son puntos los del pan y del vino, tantos son allí los milagros; quiero decir, que estando todo Christo en la Hostia, todo en el Caliz, está todo en cada partícula, todo en cada punto. ¡Oh, milagro de milagros, que para ponderarlo no bastan infinitas lenguas! Retrátase el Sol en muchas partes, en muchas vasijas de agua; en muchos espejos. El espejo quebrado en muchas partes nos retrata en todos entero el rostro; pero no son esos mas que retratos; allí en cada punto de la Hostia son realidades. Está el alma toda en todo el cuerpo y toda en la menor parte de él, es así; pero separada una parte, dexa de estar allí ya el alma. No así en esta mejor alma de nuestra gracia, que estando en toda la Hostia, por mas que se quiebre, por mas que se desmenuce, en cada menuzo está un Dios todo; así lo zela con prodigios. De la B. Ibera refiere nuestro Bolando, (*in vit. cap. 27.*) que se fue un día à su Cura, y le dixo, que su Ministro en un Pueblo distante celebraba con gran descuido la Misa, y que se dexaba en el Altar las partículas. Pusose el Cura en camino; fue allá, y halló que era así, y recogiendo del Altar las partículas las puso en el Sagrario.

A ahora pregunto yo, lo que han preguntado

absortos hombres grandes: ¿Dónde está Dios mas admirable, en lo grande, ò en lo pequeño? ¿En fabricar los Cielos, ò en formar una hormiga? ¿En llenar las inmensidades con su sér, ò en reducirse todo un Dios à un punto en una partícula de la Hostia? ¿Dónde mas admirable? Teodoro, grande Estatuario en bronce, refiere Plinio, (*lib. 34. cap. 8.*) despues de haber hecho de esa materia estatuas admirables, quiso retratarse à sí mismo, y lo hizo en dos maneras. En una estatua bien avultada y grande se retrató al vivo; pero en ésta puso en la mano derecha una lima, la sinestra levantados los tres primeros dedos y juntos por las puntas, puso sobre ellos un carro de bronce con quatro cavallos, tan perfecto, que nada le faltaba; y tan pequeño, que apenas podía distinguir-lo la vista; tan pequeño, que sobre él puesta una mosca de bronce, con las alas tapaba los cavallos y el carro. ¿Y dónde, pregunto yo, se retrató mejor este grande Artífice? ¿en lo grande de su estatua, ò en lo pequeño de su carro? Allí pudo mostrar su valentía; pero aquí su saber, su sutileza, su primor admirable. ¡Oh, Dios, si en lo grande prodigioso, en lo pequeño sin comparación admirable! Y quando así Dios se encoge, se estrecha, y se ciñe en un punto de la Hostia tan humilde, ¿qué busca nuestra soberbia de grandezas? ¿qué busca nuestra nada de vanas hinchazones? Enseñenlo este suceso.

Osualdo Mulfero, en el Condado de Tirol, el año de 1384, refiere Bredembraquio, de quien lo trae Marcancio, (*Mist. 4. q. 1ec.*) era Cavallero de ilustre prosapia y de grande soberbia; por la qual, pareciendole que era igualarse y hacerse comun con todos, comulgando con la forma pequeña que todos comulgan, quiso que à él se le diera una Hostia grande; que aun en lo mas Divino vemos cada día querer introducir lo humano àntelaciones de la vanidad y preferencias de la soberbia. El Sacerdote, ò mas adulator, ò menos sabio, porque Osualdo era Señor temporal de aquel Lugar no se atrevió à negar lo que debía negarle: previno una Hostia grande para comulgarlo; pero al llegarla ya à recibir, hizo Dios lo que no supo el mal Sacerdote; porque al llegarle la Hostia à la boca, abriendose de repente la tierra debaxo de sus pies, iba à tragarlo de modo que hasta las rodillas quedó enterrado; al caer, asiendo de la esquina del Altar, como si ésta fuera de blanda cera, así se le enterró en ella la mano. Y conociendo él vano el ojo de Dios, se arrepintió, y empezó à pedir perdón à voces. Mas con todo eso, no pudiendo todavía tragar la Hostia, volviendola à recoger el Sacerdote la guardó en el Sagrario, donde hasta hoy se conserva teñida de color de Sangre, haciendo repetidos milagros. Osualdo así castigado de Dios, cayó en una grande enfermedad, en que bien arrepentido de su locura y soberbia, confesado y humilde murió dentro de pocos días; y para exemplo comun

escrito en una tabla de bronce se guarda este milagro en un Pueblo llamado Cebel, en el Condado de Tirol: Donde Dios hace el extremo mas admirable de su humildad, ¿qué tiene la humana soberbia que obstentar su hinchazon? Si la Fé reconoce y confiesa que no recibe menos de Dios el que en aquel Sacramento recibe una pequeña partícula, que lo recibe el Sacerdote en la Hostia, y en el Caliz; reconozcase nuestra nada, quando así todo un Dios se ciñe; conozcase nuestra miseria, quando así el Inmenso se abrevia, y ésta será disposición agradable, para que el abreviado Dios en aquel Sacramento estienda y dilate en nuestras almas la inmensidad de sus beneficios, y los interminables bienes de su Gloria.

PLATICA VI.

En la soberana junta que se halla en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía por concomitancia.

A 6. DE JUNIO DE 1694.

EN union admirable los Cielos, tan coligados sus orbes, tan trabadas entre sí sus Esferas forman la dulce harmonía con que dán à conocer su Soberano Autor, que tocar uno solo, fue moverlos todos; imprimir en el primer mobile el impulso, fue avivar en todas las demás Esferas la carrera, Corren y se mueven veloces tan inmensos Orbes, todos à un impulso, à un movimiento todos: *Unus omnes*; tan en andar de Cielos, por unidos, que fuera acabar con toda la naturaleza querer detener suspenso al uno, quando el otro veloz se gira; fuera desquedernar todo el teatro del mundo querer parado à un Cielo, quando los demás vuelan. Esa es la liga prodigiosa, de que resulta la proporcion de los tiempos, la harmonía hermosa de las luces, las estaciones apacibles de los años, y la variedad admirable de las influencias, obedecer encadenados los Cielos à su primer mobile, seguir todos concordados aquel primer impulso. Y si en la Eucaristía es donde mejorados los Cielos abrevió nuestra Vida Christo sus tesoros; mejor retrata en ella con el movimiento de todas las mas Divinas Esferas coligadas las luces, realizada la harmonía, aventajadas las influencias. Un Cielo, digamoslo así, primer mobile, es el que à las palabras del Sacerdote en la Consagracion se mueve; mas luego por la union à ese Cielo, ¿qué se vá moviendo de Cielos? ¿qué se vá revolviendo de esferas? ¿qué vá corriendo de Soberanos Orbes à llenar este Sacramento de todo quanto Dios es, de todo quanto Dios tiene, y de todo quanto Dios puede? Esas son las que así llamamos concomitancias, punto ahora de nuestra doctrina.

Por virtud, pues, de las palabras de la Consagracion solo se pone en la Hostia el Sacrosan-

to Cuerpo de nuestra Vida Christo, entero, cabal, perfecto; con sus miembros todos, huesos, nervios; partes entre sí distintas, que componen su perfectísima simetría; pero solo el Cuerpo. (*Conc. Tr. ses. 13. c. 3.*) Por virtud de las palabras de la Consagracion en el Caliz solo se pone la Sangre de nuestro Redentor; la misma que por nosotros derramó en la Cruz; (*D. Th. 3. p. q. 76. art. 1.*) però la Sangre sola; ese es solo el primer mobile à donde toca la fuerza de las palabras: eso, quiero decir, es solo lo que las palabras significan, y lo que para su verdad, que es la misma verdad de Dios, es necesario que se ponga en una, y otra especie; en el Pan; *Este es mi Cuerpo*; en el vino; *Esta es mi Sangre*. Por eso, pues, decimos, que por fuerza de las palabras en la Hostia, solo se pone el Cuerpo; por fuerza de las palabras en el Caliz, solo se pone la Sangre de nuestro Redentor Jesu Christo; porque eso es lo que solo dicen, eso es lo que solo expresan las palabras. Mas hé aquí, que como al primer mobile van siguiendo allí todos los Cielos, aquí mejor corren veloces todas las Esferas de la Divinidad; porque como el Cuerpo de nuestra Vida Christo no está separado de su Sangre, ya por esa natural compañía, que llamamos concomitancia, está en la Hostia con el Cuerpo tambien la Sangre del Señor: y como su Cuerpo y su Sangre están unidos con su Alma Santísima, hé aquí en la Hostia con el Cuerpo y la Sangre tambien el Alma. Aun se van moviendo mas Cielos; porque ese Cuerpo y Alma unidas por la union hypostatica à la persona del Verbo que en sí misma tiene la Divinidad, no pudiendo separarse corren el movimiento Divino à ponerse en la Hostia, y así queda el Cuerpo, la Sangre, el Alma, la union hypostatica, el Verbo y la Divinidad todo en la Hostia; y por decirlo en una palabra, todo Christo como está en Cielo. Lo mismo debemos creer en el Caliz; de modo, que siendo solo un Cielo el que por las palabras se mueve, son todos juntos los Cielos los que por su union se transtornan.

¡Oh, demonstracion de liberalidad por todas partes inmensa! *Este es mi Cuerpo*. No dixo mas el Señor, quando nos la daba toda; apoca el don con las palabras, quando en la realidad hace tan infinitos los beneficios, que no le queda mas que dar. Suele, ò ya un amigo liberal con su amigo, ò ya un esposo con su esposa, que quando quiere mostrarse mas generoso, dá un bellissimo diamante engastado en una sortija, y con todo eso apoca la dativa con palabras: Tomad esa sortija dice, por muestra de mi amor; y no menciona la preciosa piedra que la hace inestimable, nombrando solo aquel poco oro que forma la sortija. Así, pues, con exceso infinito el Señor enamorado y generoso rodam, nos dice: *Este es mi Cuerpo*, que es el oro, como si digéramos que es la sortija, y no nombra, y no menciona el alma que en ese Cuerpo nos dá unida; y no menciona